

CÓMO SOBREVIVIR EN UN MUNDO DE INCRÉDULOS

PALABRAS DE ÁNIMO DE JESÚS LA NOCHE
ANTES DE SU MUERTE

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *How to Survive in a World of Unbelievers*, © 2001 por John MacArthur, Jr. y publicado por Thomas Nelson.

Edición en castellano: *Cómo sobrevivir en un mundo de incrédulos* © 2019 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con Thomas Nelson, una división de HarperCollins Christian Publishing, Inc.

Traducción: Ricardo Acosta

Imagen de la cubierta: Ryoji Iwata en Unsplash

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®*, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5866-8 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6755-4 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7576-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 28 27 26 25 24 23 22 21 20 19

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

<i>Introducción</i>	7
1. La humildad del amor	13
2. El traidor desenmascarado	27
3. Características del cristiano comprometido.....	45
4. Solución para el corazón atribulado	61
5. Jesús es Dios	73
6. El Espíritu Santo viene a consolar	87
7. La paz de Cristo	103
8. Lo que significó la muerte de Jesús para Él	117
9. La vid y los pámpanos.....	131
10. Los beneficios de la vida en Cristo.....	143
11. Cómo ser amigo de Jesús.....	155
12. Odiados sin motivo	167
<i>Guía de estudio.....</i>	179

Introducción

SIN LUGAR A DUDAS, UNA DE LAS ENSEÑANZAS MÁS CONMOVE-
doras y poderosas en todo el ministerio terrenal de Jesús tuvo
lugar la última noche que pasó con sus discípulos antes de ser
crucificado. Ocurrió durante la comida de Pascua, comúnmente
conocida como la Última Cena. El ministerio terrenal de Jesús
a las masas acababa de terminar, y su enseñanza estaba ahora
enfocada muy especialmente en los apóstoles (Jn. 13—16). Tal
ministración ocurrió en unas pocas horas, justo antes de ser
arrestado y llevado a juicio, y en un solo lugar: el aposento alto.

Durante esas horas Jesús entregó su última voluntad y testamento a sus discípulos, y en consecuencia a todos los creyentes a lo largo de la historia. Esta es la herencia de todo creyente en Cristo. En *Cómo sobrevivir en un mundo de incrédulos* tendremos el privilegio de examinar esas palabras de ánimo y reto. Sin embargo, solo estudiaremos por encima una parte de la espléndida promesa contenida en solo tres capítulos del discurso final de nuestro Señor. Veremos que toda una vida de estudio no sería suficiente para explorar las profundidades de todo lo que el Maestro nos enseñó respecto a vivir para Él en un mundo incrédulo. Echemos un vistazo previo a las maravillosas verdades que estudiaremos en Juan 13—16:

Cristo dio prueba de su amor. “Jesús... se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba

ceñido” (Jn. 13:3-5). Más tarde, Pedro y los demás discípulos conocerían el amor de Cristo a través de su muerte expiatoria; pero en el aposento tuvieron un vistazo de ese amor cuando Jesús les lavó los pies.

Jesús ofreció la esperanza del cielo. “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (14:1-3). En aquellos días en Israel, cuando un hijo se casaba, agregaban un nuevo apartamento a la casa del padre. Generación tras generación de la familia extendida vivían juntas en una casa. Así es el cielo. Todos estaremos en la casa del Padre. Jesús está preparando nuestras moradas.

Nuestro Señor nos dio la garantía de poder. “De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre” (14:12). Jesús no quiso decir que los discípulos harían obras que fueran más fabulosas que las de Él en calidad o tipo, sino que harían obras que serían más grandes en extensión. Durante su ministerio en la tierra, Cristo más que nada enfrentó rechazo, y nunca salió de la pequeña tierra de Palestina. Pero el día de Pentecostés, el Espíritu de Dios vino y los apóstoles empezaron a predicar y revolucionaron Jerusalén. Más tarde, cuando se declaró en esa ciudad la persecución contra los cristianos, ellos se esparcieron por Samaria y Judea, predicando el evangelio a su paso. Luego el apóstol Pablo y sus colaboradores extendieron el evangelio a muchas tierras más. Ese proceso todavía continúa hoy.

Jesús dio la seguridad de provisión. “Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré” (14:13-14). Orar en su nombre es llevar peticiones delante de Dios que sean

coherentes con quién es Él. La oración no es simplemente para satisfacer nuestros deseos egoístas, ni para disuadir a Dios de que haga lo que de todos modos va a hacer. La oración es dar a Dios la oportunidad de mostrarse a fin de que podamos alabarlo por lo que Él hace.

Nuestro Salvador prometió el regalo del Espíritu. “Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad” (14:16-17a). Jesús prometió un Consolador o Colaborador sobrenatural, de la misma clase que Él. Este Consolador es el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo. Vive dentro de los discípulos de Cristo, no solo cerca de ellos. Los fortalece y da convicción a quienes ellos predicen. A lo largo de su ministerio, el Espíritu “convencerá al mundo de pecado... por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (16:8-11).

El Maestro dio a todo verdadero seguidor la posesión de la verdad divina: la Palabra de Dios. “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (14:26). Esta promesa tuvo una aplicación principal para los escritores del Nuevo Testamento, los predicadores apostólicos en la era inicial de la iglesia. Fue una promesa de inspiración verbal. El Espíritu Santo les recordaría todo lo que Jesús les había enseñado, y les daría más enseñanzas a través de los años mientras le servían. La Biblia es exacta, porque el Espíritu Santo no miente. No hay falsedad en Él, y es el “Espíritu de verdad” (14:17; 15:26; 16:13).

Además, *Él prometió el regalo de la paz.* “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (14:27). Una clase de paz en las Escrituras es paz *con* Dios, la cual es la paz objetiva de relación con Él. Pero también hay la paz subjetiva de tranquilidad mental, la paz *de* Dios. Pablo escribe en Filipenses 4:5:

“El Señor está cerca”. Pero esa no es una referencia a la segunda venida, sino a la presencia del Señor hoy día en nuestras vidas. Ya que Él está cerca, no debemos afanarnos “por nada” (v. 6).

Él prometió la bendición de fruto espiritual. “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Jn. 15:5). Fruto es el producto de una vida que tiene vitalidad continua. Vive más allá de nosotros; es algo que reproducimos. Los cristianos somos parte de un producto que seguirá a lo largo de la eternidad como ondas en un estanque eterno. Tenemos vidas que resonarán por todos los corredores del cielo para siempre jamás.

En un tono más solemne, *Cristo también prometió el dolor de la persecución*. “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (15:18-19). El siervo no es superior a su Señor. El mundo odia y rechaza el mensaje contra el pecado. Cristo desenmascara al mundo y le revela el pecado. Por eso el mundo lo odia, y nos odia. Jesús advirtió a sus discípulos: “Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo” (16:1).

Por último, Él prometió gozo verdadero. “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (15:11). Gozo es el resultado de todo lo que Jesús ha dicho y nos ha dado. Una mujer sufre agonía durante el parto, pero al dar a luz al hijo ya no recuerda más su dolor. Los creyentes padecerán aflicción y circunstancias dolorosas, pero de esas mismas circunstancias vendrá el más grande gozo. Jesús declara: “Os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (16:22b).

Mi oración al ofrecer este libro es que si conoces a Jesucristo como Señor y Salvador, crezcas en el entendimiento de las riquezas que te pertenecen debido a su amor por ti. Y que

si no lo conoces, ojalá el Señor te convenza de tu necesidad de rendirte por completo a Él.

A medida que estudiemos juntos estos capítulos, pido que el Espíritu de Dios te ayude a entender la importancia de entregarle todo a Él, quien libremente se entregó totalmente por ti.

1

La humildad del amor

VIVIMOS EN UNA GENERACIÓN MUY ORGULLOSA Y EGOÍSTA. La gente considera ahora aceptable y hasta normal promocionarse, alabarse y ponerse en primer lugar. Muchos consideran virtud al orgullo. Por otra parte, muchas personas ven la humildad como una debilidad. A parecer todo el mundo está pidiendo a gritos sus derechos y tratando de ser reconocidos como importantes.

La preocupación con la autoestima, el amor propio, y la gloria personal está destruyendo las mismas bases sobre las que se levanta nuestra sociedad. Ninguna cultura puede sobrevivir al orgullo desenfrenado, porque toda la sociedad depende de las relaciones. Cuando las personas están comprometidas sobre todo consigo mismas, las relaciones se desintegran. Y eso es precisamente lo que está pasando en nuestra cultura donde las amistades, los matrimonios y las familias se están desmoronando.

Lamentablemente, la preocupación por uno mismo se ha introducido también en la Iglesia. Quizás el fenómeno de mayor crecimiento en el cristianismo moderno es el énfasis en el orgullo, la autoestima, la autoimagen, la satisfacción personal, y otras manifestaciones de egoísmo. De ahí surge una nueva religión de egocentrismo, orgullo e incluso arrogancia. Voces de cada parte de la gama teológica nos llaman a unirnos al culto de la autoestima.

Sin embargo, la Biblia es clara en que el egoísmo no tiene lugar en la teología cristiana. Jesús enseñó reiteradamente contra el orgullo, y con su vida y enseñanza exaltó sin cesar la virtud de la humildad. Esto en ninguna parte es más claro que en Juan 13.

“LOS AMÓ HASTA EL FIN”

El capítulo 13 constituye un momento decisivo en el Evangelio de Juan y el ministerio de Jesucristo. El ministerio público de Jesús al pueblo de Israel había seguido su curso y terminado en el rechazo completo y definitivo que le hicieran como Mesías. El primer día de la semana Jesús había entrado triunfante a Jerusalén ante los gritos entusiastas de los habitantes. Sin embargo, estos nunca entendieron de veras el ministerio y el mensaje del Señor. El tiempo de Pascua había llegado, y para el viernes Jesús sería totalmente rechazado y luego ejecutado. No obstante, Dios convertiría esa ejecución en el sacrificio más grande y definitivo por el pecado, y Jesús moriría como el verdadero Cordero de Pascua.

El Señor había venido a su pueblo, los judíos, “y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:11). Por tanto Él se había alejado de su ministerio público para tener comunión íntima con sus discípulos.

Ahora era el día antes de la muerte de Jesús, y en lugar de estar preocupado con pensamientos de su muerte, de cargar con el pecado, y de glorificación, estaba totalmente consumido con su amor por los discípulos. Aunque sabía que pronto iría a la cruz a morir por los pecados de la humanidad, Jesús seguía preocupándose por las necesidades de doce hombres. Su amor nunca fue y nunca es impersonal, ese es el misterio del amor.

En lo que literalmente fueron las últimas horas antes de su muerte, Jesús siguió mostrando una y otra vez su amor a los discípulos. Juan relata esta demostración gráfica de amor:

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como

había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.

Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis (Jn. 13:1-17).

Es muy probable que Jesús y los discípulos se hubieran apartado en Betania de la vista de los demás durante esta última semana antes de la crucifixión. Después de venir de allí (o de cualquier lugar cerca de Jerusalén), habrían tenido que recorrer

caminos muy polvorrientos. Naturalmente, para cuando llegaron tenían los pies cubiertos de polvo.

Todos en esa cultura enfrentaban el mismo problema. Las sandalias casi no protegían los pies de la suciedad, y los caminos o eran una gruesa capa de polvo o montones de lodo. A la entrada de toda casa judía había una vasija grande de agua para lavar pies sucios. Normalmente, el lavado de pies era deber del siervo más humilde. Cuando llegaban invitados, este iba a la puerta y les lavaba los pies... una tarea poco agradable. Es más, lavar pies era tal vez su deber más servil, y solamente sirvientes lo realizaban para otros. Incluso los discípulos de un rabino no debían lavar los pies de su maestro ya que esa tarea era exclusiva de un siervo.

Cuando Jesús y sus discípulos llegaron al aposento alto, no encontraron un siervo que les lavara los pies. Solo unos días antes les había dicho a los doce: “El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo” (Mt. 20:26-27). Si de corazón hubieran hecho caso a la enseñanza, uno de los doce habría lavado los pies de los demás, o mutuamente habrían participado en la tarea. Eso pudo haber sido algo hermoso, pero a causa de su egoísmo no se les ocurrió. Un pasaje paralelo en Lucas 22 nos da una idea de cuán egoístas eran y en qué pensaban esa noche:

Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve (vv. 24-26).

¡Qué escena tan triste! Ellos discutían sobre quién era el mayor; y al discutir al respecto ninguno se rebajaría a lavar pies.

La vasija estaba allí, la toalla estaba allí, y todo estaba listo. Pero ninguno se dispuso a lavar los pies de los demás.

Si alguien en ese aposento debió haber estado pensando en la gloria que tendría en el reino, fue Jesús. Juan 13:1 afirma que el Señor sabía que había llegado su hora. Él se encontraba en un horario divino, y sabía que iba a estar con el Padre. Era muy consciente del hecho de que pronto sería glorificado: “Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba” (v. 3). Pero en vez de estar preocupado con su gloria, y a pesar del egoísmo de los discípulos, estaba totalmente consciente de revelar claramente su amor personal a los doce para que estuvieran seguros de ese amor.

El versículo 1 declara: “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. “Hasta el fin” en el griego es *eis telos*, que significa que los amó “a la perfección”. Los amó hasta lo sumo. Los amó con total plenitud de amor. Esa es la naturaleza del amor de Cristo, y lo mostró reiteradamente, incluso en su muerte. Cuando fue arrestado dispuso que los discípulos no fueran arrestados. Mientras estaba en la cruz se aseguró de que Juan cuidara de su madre María en los años venideros. Jesús se extendió a un ladrón moribundo y lo salvó. Es asombroso que en esas últimas horas de llevar los pecados del mundo, en medio de todo el dolor y sufrimiento que soportaba, estuviera pendiente de ese aspirante a discípulo que colgaba a su lado. Jesús ama por completo, absolutamente, a la perfección, totalmente, sin reservas. En momentos en que la mayoría de hombres se hubieran preocupado de sí mismos, Él se humilló desinteresadamente para satisfacer las necesidades de otros. Así es el amor verdadero.

Y aquí está la gran lección de todo este relato: Solamente la humildad absoluta puede generar amor absoluto. Es la naturaleza del amor ser desinteresado, sacrificado. En 1 Corintios 13:5 Pablo escribió que el amor “no busca lo suyo”. En realidad,

para condensar toda la verdad de 1 Corintios 13 en una declaración podríamos asegurar que la mayor virtud del amor es su humildad, porque es la humildad del amor la que lo demuestra y lo hace visible.

El amor de Cristo y su humildad son inseparables. Si hubiera estado principalmente preocupado de sí mismo no podría haber estado tan consumido con una pasión por servir a otros.

“AMOR... DE HECHO Y EN VERDAD”

¿Cómo podría alguien rechazar esa clase de amor? La gente lo hace todo el tiempo. Judas lo hizo. “Cuando cenaban... el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase” (Jn. 13:2). ¿Ves la tragedia de Judas? Disfrutaba constantemente de la luz, pero vivía en tinieblas; experimentaba el amor de Cristo, pero al mismo tiempo lo odiaba.

El contraste entre Jesús y Judas es sorprendente. Y quizás por eso mismo es que el Espíritu Santo incluyó el versículo 2 en este pasaje. Sobre el telón de fondo del odio de Judas, el amor de Jesús brilla aún más. Podemos entender mejor su magnitud cuando comprendemos que en el corazón de Judas se hallaba la clase más siniestra de odio y rechazo. Las palabras de amor con las cuales Jesús atrajo gradualmente hacia sí los corazones de los demás discípulos solo alejaron cada vez más a Judas. La enseñanza con la que enalteció las almas de los otros discípulos solo pareció clavar una estaca en el corazón de Judas. Y todo lo que Jesús expresó en cuanto al amor debió haber sido como roce de grilletes para Judas. De su codicia y de su ambición decepcionada comenzaron a brotar celos, rencor y odio, y ahora estaba listo para destruir a Cristo, si era necesario.

Pero mientras más personas odiaban a Jesús y deseaban hacerle daño, más parecía que Él manifestaba amor por ellas. Desde un punto de vista humano habría sido fácil entender si Jesús hubiera reaccionado con resentimiento o amargura. Pero

lo único que Él tenía era amor... incluso enfrentó el mayor perjuicio con supremo amor. Dentro de poco estaría de rodillas a los pies de Judas, lavándose los pies.

Jesús esperó hasta que todos estuvieran sentados y la cena fuera servida. Entonces, en un acto inolvidable de humildad que debió haber sorprendido a los discípulos, “[Jesús] se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Jn. 13:4-5).

Con calma y majestuosidad, en total silencio Jesús se puso de pie, se acercó y agarró el cántaro y vertió el agua en la palangana. Luego se quitó el manto exterior, el cinturón, y muy probablemente la túnica interior (quedando vestido como un esclavo), se ciñó una toalla alrededor de la cintura, y se arrodilló para lavar los pies de sus discípulos, uno a uno.

¿Puedes imaginar la punzada en los corazones de los discípulos? Qué dolor, remordimiento y tristeza debieron sentir al estar a punto de aprender una lección profunda. Uno de ellos pudo haber tenido el gozo de arrodillarse y lavar los pies de Jesús. Estoy seguro de que estaban estupefactos y quebrantados.

Nosotros también podemos aprender de este incidente. Es triste que la iglesia esté llena de personas con un alto concepto de sí mismas cuando deberían estar de rodillas a los pies de sus hermanos en Cristo. El deseo de prominencia resulta en muerte para el amor, la humildad, y el servicio. Quien es orgulloso y egocéntrico no tiene capacidad para amar ni mostrar humildad. En consecuencia, cualquier servicio que pueda creer que realiza para el Señor es una pérdida.

Cuando estás tentado a creer en tu dignidad, tu prestigio, o tus derechos, abre tu Biblia en Juan 13 y échale una buena mirada a Jesús: vestido como siervo, de rodillas, lavándoles los pies a hombres pecadores que son totalmente indiferentes a la muerte inminente del Señor. Pasar de ser Dios en gloria (v. 3), a

lavar los pies de discípulos pecadores y poco gloriosos (vv. 4-5) es un paso largo. Piensa en esto: El majestuoso y glorioso Dios del universo viene a la tierra... eso es humildad. Luego se arrodilla en el suelo para lavar los pies de hombres pecadores... eso es humildad indescriptible.

Que un pescador lave los pies a otro pescador es un sacrificio de dignidad relativamente pequeño. Pero que Jesucristo, en cuyo corazón latía el pulso de la deidad eterna, se inclinara y lavara los pies de hombres despreciables, esa es la clase más grande de humillación. Y esa es la naturaleza de la auténtica humildad, así como la prueba del auténtico amor.

El amor tiene que ser más que palabras. El apóstol Juan escribió: “No amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn. 3:18). El amor que es verdadero se expresa en actividad, no solo en palabras.

“SI NO TE LAVARE, NO TENDRÁS PARTE CONMIGO”

Luego Juan 13 nos ofrece una de las perspectivas más interesantes de la personalidad de Pedro que vemos en otras partes de la Biblia. Cuando Jesús pasó amorosamente de discípulo en discípulo, finalmente llegó a Pedro. Este debió haber estado completamente quebrantado, por lo que con una mezcla de remordimiento e incredulidad expresó: “Señor, ¿tú me lavas los pies?” (v. 6), tal vez retirándolos.

Jesús le contestó a Pedro: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después” (v. 7). En este momento Pedro aún creía que el reino estaba llegando, y que Jesús era el Rey. ¿Cómo podía permitir que el Rey le lavara los pies? No fue sino hasta después de la muerte, resurrección y ascensión del Salvador que Pedro entendió la humillación total de Jesús.

Pedro se atrevió a más. “No me lavarás los pies jamás” (v. 8). Para resaltar sus palabras, usó la forma más fuerte de negación en el lenguaje griego. Llamó Señor a Jesús, pero no cedió ante

su señorío. Aquella no fue una modestia encomiable por parte de Pedro.

“Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza” (vv. 8-9). Eso era típico en Pedro: pasó de un extremo (“No me lavarás los pies jamás”) al otro (“No sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza”).

Hay un significado profundo en las palabras de Jesús: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo”. La mentalidad judía típica no podía aceptar al Mesías humillado. Por tanto, en la mente de Pedro no había lugar para que Cristo se humillara como lo hizo. Por eso Jesús debió hacerle comprender que Cristo vino para ser humillado. Si Pedro no podía aceptar este acto de lavado de pies, sin duda tendría problemas en aceptar lo que Jesús haría por él en la cruz.

Pero hay otra verdad más profunda en las palabras de Jesús: ha pasado de la ilustración física de lavar pies a la verdad espiritual de lavar la persona interior. A lo largo del Evangelio de Juan, cuando Jesús trató con personas mostró la verdad espiritual en términos físicos. Lo hizo cuando habló con Nicodemo, con la mujer en el pozo, y con los fariseos. Ahora lo hace con Pedro.

Jesús está diciendo: “Pedro, a menos que me permitas lavarte de manera espiritual, no eres limpio y no tienes parte conmigo”. Toda limpieza en el reino espiritual viene de Cristo, y la única forma en que alguien puede ser limpio es que sea lavado por regeneración a través de Jesucristo (Tit. 3:5). Nadie tiene relación con Jesucristo a menos que Cristo le haya limpiado los pecados; y nadie puede entrar a la presencia del Señor a menos que primero se someta a esa limpieza.

Pedro aprendió esa verdad; él mismo predicó en Hechos 4:12: “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Cuando una persona pone su fe en Jesucristo, está limpia, pero no antes.

“EL QUE ESTÁ LAVADO... ESTÁ TODO LIMPIO”

Como creyó que el Señor estaba hablando de limpieza física, Pedro ofreció las manos y la cabeza... todo. Aún no veía el significado espiritual completo, sino que en esencia manifestó: “Cualquier lavado que me ofrezcas y me haga parte de ti, lo quiero”.

Jesús, hablando todavía de limpieza espiritual, declaró: “El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis” (Jn. 13:10). Hay una diferencia entre un baño y un lavado de pies. En la cultura de esa época, una persona se lavaba en la mañana para estar completamente limpia. A medida que pasaba el día, periódicamente debía lavarse los pies debido a los caminos polvorrientos, pero no tenía que volver a bañarse completamente. Lo único que necesitaba era lavarse los pies para eliminar la suciedad antes de entrar a la casa de alguien.

Jesús está diciendo esto: Una vez que tu persona interior ha sido bañada en redención, estás limpio. De allí en adelante no tienes que bañarte de nuevo (no necesitas volver a ser redimido) cada vez que cometes un pecado. Lo único que Dios tiene que hacer es quitarte el polvo todos los días. Posicionalmente estás limpio (como le dijo a Pedro en el versículo 10), pero desde el punto de vista práctico debes lavarte todos los días al caminar por el mundo y contaminarte.

A ese lavado espiritual de pies es a lo que 1 Juan 1:9 se refiere: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

Jesús sabía cuáles de los discípulos estaban realmente limpios por redención. Además sabía cuáles eran los planes de Judas para esa noche: “Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos” (Jn. 13:11). Eso debió haber convencido el corazón del traidor.

Judas sabía lo que Jesús quiso decir. Tales palabras, combinadas con el lavado de pies, constituyeron lo que sería el último

llamado en amor para que Judas no hiciera lo que planeaba hacer. ¿Qué pasaba por la mente de Judas cuando Jesús arrodillado le lavaba los pies? Pensara lo que pensara, no lo disuadió de sus planes malvados.

“VOSOTROS TAMBIÉN DEBÉIS LAVAROS LOS PIES LOS UNOS A LOS OTROS”

Fíjate en lo que pasó después que Jesús terminó de lavar los pies de los discípulos:

Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis (Jn. 13:12-17).

Después de haber insertado una lección tácita sobre la salvación (una clase de pausa teológica) Jesús volvió al punto real que estaba enseñando a sus discípulos: que debían comenzar a mostrar humildad.

Argumentó de lo mayor a lo menor. Si el Señor de gloria estuvo dispuesto a ceñirse una toalla, asumir la forma de siervo, actuar como esclavo, y lavar los pies sucios de discípulos pecadores, era razonable que los discípulos deberían estar dispuestos a lavarse mutuamente los pies. Sin duda el ejemplo visual que Jesús enseñó hizo mayor bien que el que se habría conseguido mediante una conferencia sobre humildad. Eso fue algo que los discípulos nunca olvidaron. (¡Quizás a partir de entonces compitieron por ver quién llegaría primero al agua!)

Mucha gente cree que Jesús estaba instituyendo una ordenanza para la Iglesia. Algunas iglesias practican lavado de pies en una manera ritual al modo en que la mayoría de nosotros observamos el bautismo y la comunión. No estoy en desacuerdo con eso, pero no creo que este pasaje enseñe tal cosa. Jesús no abogó por un culto formal y ritualista de lavado de pies.

El versículo 15 enseña: “Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis”. La palabra “como” es una traducción del término griego *kathos*, que significa “conforme a lo que”. Si Él estuviera estableciendo el lavado de pies como una ordenanza que la Iglesia debía practicar, habría utilizado la palabra griega *ho*, que significa “aquel que”. Entonces habría estado afirmando: “Ejemplo os he dado, para que aquello que os he hecho, vosotros también hagáis”.

Jesús no está diciendo: “Hagan lo mismo que les he hecho”. Más bien está declarando: “Compórtense de la misma manera que me he comportado”. El ejemplo que debemos seguir no es el lavado de pies sino la humildad. No minimicemos la lección de Jesús tratando de hacer del lavado de pies el punto importante de Juan 13. La humildad del Maestro es la verdadera lección, y se trata de una humildad práctica que gobierna cada aspecto de la vida, cada día de vida, en toda experiencia de vida.

El resultado de esa clase de humildad siempre es servicio amoroso —hacer las tareas insignificantes y humildes para la gloria de Jesucristo— que destruye la mayoría de ideas populares de lo que constituye la espiritualidad.

Algunas personas parecen creer que mientras más te acercas a Dios, más lejos debes estar de la humanidad, pero eso no es cierto. La verdadera cercanía a Dios es servir a alguien más.

Nunca hubo un servicio sacrificial a los demás que Jesús no estuviera dispuesto a realizar. ¿Por qué deberíamos nosotros ser diferentes? No somos más grandes que el Señor: “De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado

es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis” (vv. 16-17).

¿Quieres verte realizado y feliz? Desarrolla un corazón de siervo. Somos siervos del Señor, y un siervo no es más grande que su amo. Si Jesús pudo descender de una posición de deidad para convertirse en hombre, y luego humillarse más para ser un siervo y lavar los pies de doce pecadores que no lo merecían, nosotros debemos estar dispuestos a sufrir cualquier indignidad para servirle. Eso es amor verdadero y humildad verdadera.

